

CENTON

ó

MISCELANEA

DE

HECHOS INTERESANTES,

ANÉCDOTAS

Y CUENTOS FESTIVOS, DICHS
*agudos y oportunos, sacados de la his-
toria antigua, moderna y contemporánea:
de máximas y reflexiones políticas y mo-
rales, refranes, poesías ligeras &c., &c.*

~~~~~  
CUADERNO 1.º  
~~~~~

Sevilla:

LIBRERÍA DE FEROS, CALLE DE
SAN FRANCISCO, NÚMERO 51.

1835.

CENTON

MISCELLANEA

MEMOR-INTERVANTES

Pro captu Lectoris habent sua fata Libelli.

LIBRERIA DE FEROS, CALLE DE

IMPRESA DE FEROS,
A CARGO DE PANTOJA,
calle de la Aduana, n.º 17.

AL LECTOR.

He aquí un libro, lector benévolo, que por su importancia no menos que por su clase mereciera rotularse el libro de los libros. Aunque reducido á un corto número de páginas, contiene no poco de lo mucho bueno que se ha hecho y dicho en todos tiempos, y que tú á la verdad podrias tambien encontrar en los diversos volúmenes y escritos en que anda esparcido; mas no sin invertir un período considerable de tu fugaz existencia, á costa de no pequeñas molestias, y tal vez con menoscabo de tus intereses, y lo que fuera aun peor, de tu interesantísima salud. Tu suerte, mas propicia que la de otros, te depara una de las obras de que mas fruto puedes sacar en todas épocas y con especialidad en la presente, cualquiera que sea tu es-

tado y profesion, sirviéndote á la vez de diversion y de recreo, si bien por poco tiempo. Sin mas que emplear unos cortos momentos de esos mismos que dedicas al ocio y á la holganza; sin tomarte el trabajo de engolfarte en la lectura de tomos de todos tamaños; sin riesgo de acortarte, sino de perder, la mucha ó poca vista que el cielo te haya dado, ni de perjudicar tus funciones gástricas; sin ninguno, en fin, de los inconvenientes y percances que suelen experimentar lectores de otra clase, podras proporcionarte un precioso caudal de hechos y rasgos históricos de grande interes, de dichos festivos y oportunos, de anécdotas y cuentos picantes y divertidos, de máximas, sentencias y reflexiones á cual mas profundas y sólidas, con otras cosas que ya te veo recorrer con ansia. Si hay algo en todo esto que ignorases, lo que podria muy bien suceder sin mengua de tu erudicion, eso te encuentras con el aliciente, si es que lo necesitas, de ocurrir á las fuentes; y si todo lo sabias, siempre te será ventajoso tenerlo reunido en

un compendiado Centon ó repertorio que podras registrar todas las veces que te plazca con no menos gusto que utilidad. Si lograrse yo este doble objeto en la copilacion que te presento, suma será mi complacencia: sinó, nada hay perdido, no habiendo puesto de mi parte mas que un trabajo, que ya me fuera grato por el fin con que lo emprendiera, y que nunca fué el que ahora aparece.

EL emperador Trajano creyendo preferible el gobierno republicano al monárquico, ofrece variar su forma: promete la libertad á los romanos; quienes la habrían recobrado si hubiesen querido aceptarla: tal accion merece sin duda grandes elogios, y ha llenado de admiracion al universo. Nada sin embargo mas natural en un príncipe ilustrado y benéfico que esta resolucion. Trajano rompiendo las cadenas de sus súbditos, conservaba la mas grande autoridad sobre un pueblo manumitido por su generosidad, recibiendo entonces del amor y del reconocimiento casi todo el poder que debiera á la fuerza de sus armas. ¡Qué cosa mas lisongera que el primero de estos poderes! No obstante pocos príncipes han imitado á Trajano, pocos hombres han hecho al interes general el sacrificio aparente de su autoridad particular.

== Bajo el reinado de Theopompo se veia

comenzar en Lacedemonia el establecimiento de los Esforos, magistrados que tenían á su cargo impedir el abuso de la autoridad real. Theopompo lejos de resistir llevó á bien esta nueva institucion que coartaba su poder. Habiéndole reprochado su muger que dejase á sus hijos la autoridad real mucho menor que como la habia recibido: *por el contrario, le responde; yo se la dejaré mas grande, porque será mas durable.* Este príncipe conocia que el absolutismo es un lujo del poder, inútil y aun perjudicial al soberano.

= Repitiéndose un dia en presencia del abate Saint Pierre la frase tan aplicada por la bajeza aun á los monarcas menos dignos del trono, que los reyes son los Dioses de la tierra: *yo no sé,* respondió el abate; *si Caligula, Domiciano y sus semejantes eran Dioses; lo que yo sé es, que no eran hombres.*

= Saliendo uno de oír cierto sermón, cuyo tema habia sido, *non est potestas nisi á Deo:* seguramente, dijo, que la autoridad real viene de Dios, pues que San Pablo nos lo asegura; pero el con-

sentimiento de los pueblos es en este punto el signo mas visible de la voluntad divina.

Francisco I.^o tenia por máxima, que si los monarcas gobiernan á los pueblos, las leyes gobiernan á los monarcas. Gustaba sobre todo citar como la divisa de los príncipes equitativos y virtuosos aquellas admirables palabras con que principia uno de los edictos del emperador Teodosio. *Es un voto muy digno de la magestad de un principe declararse dependiente de las leyes, de cuya autoridad depende la nuestra: la sumision del poder á las leyes, es un acto mas grande que el ejercicio del mismo poder, y el presente edicto será como un oráculo emanado de nos, que hará conocer á todos lo que no sufrimos que se nos permita.*

Feliz la nacion de quien M. de Gourville pudo decir: *su rey cuando es el hombre de su pueblo, es el monarca mas grande del mundo: quiere ser mas? no es nada.* Estas palabras repetidas por

M. Temple á Carlos II, irritaron de pronto el orgullo del príncipe; pero vuelto en sí, estrechó la mano á M. Temple diciendo: *Gourville tiene razon; yo quiero ser el hombre de mi pueblo.*

— «En qué términos se habla de mí y de mi gobierno?», preguntaba un emperador de la China á Confucio. «Todos se callan, le responde el filósofo; todos guardan un profundo silencio.» «Esto es lo que yo deseo», le repone el emperador: «eso es lo que debierais temer, le replica el filósofo. No se lisonjea á los enfermos sino cuando se les abandona, cuando su fin está próximo. Es preciso revelar al monarca los defectos de su alma, como las enfermedades de su cuerpo: sin esta libertad el estado y el príncipe son perdidos.» Esta respuesta desagradó al emperador: queria ser elogiado. El interes presente del orgullo prevalece casi siempre sobre todo interes ulterior, y cuidado que los pueblos suelen ser príncipes en este punto.

Otro príncipe decia por el contrario:

«En tanto que mis rentas esten bien administradas, y mis ejércitos bien disciplinados, escriba el que quiera contra mi disciplina y contra mi administracion. Pero si yo descuidase alguna de estas cosas, quien sabe si tendria la debilidad de imponer silencio á los escritores.»

Anunciándole un dia á Benedicto XIV que un miserable poeta habia compuesto una sátira contra él; la pide, la lee, la corrige y se la envia al autor diciéndole que así se venderia mejor.

Un dia que Sila se ensalzaba á sí mismo despues de su regreso de la guerra de Africa, uno de los hombres mas de bien de la ciudad le dijo atrevidamente: *¿cómo es posible que seas tan virtuoso como dices, cuando sin haber heredado nada de tus padres te encuentras sin embargo en la opulencia?* Siempre fueron sospechosas las riquezas adquiridas muy pronto.

Yo me creeria indigno del trono, de-

cia un gran príncipe, si depositario de los productos de los impuestos distragese de ellos una sola pensión para enriquecer á un favorito ó á un delator. El mismo Tiberio repetía á menudo á sus cortesanos: *Yo me guardaré muy bien de tocar al tesoro público: si lo agotase con gastos desatinados, seria preciso volver á llenarlo, y recurrir para esto á medios injustos que conmoverian el trono.*

La única gracia, ha dicho un escritor, que un ministro pudiera permitirse pedir al rey, es la de decirle en su testamento: *si yo he hecho al estado algun servicio, á V. M. es á quien toca recompensarlo en mi familia.* Tal es el consejo de este filósofo á aquellos á quienes el príncipe honra con su confianza, y tal es tambien segun el mismo, el medio mejor de probar que la han merecido. Pero yo temo, añade, que mas de un hombre de esos que se hallan colocados en grandes puestos no diga como los Apóstoles: *Durus est hic sermo.*

La historia nos ofrece un ejemplo raro y muy poco conocido de desinterés en el respetable don Juan de Castro, Virey que fué de las Indias por Portugal en el siglo XVI. Este hombre ilustre por muchas victorias, declaró al morir: *que jamás habia recibido presentes de nadie: que habiendo dejado de pagársele los sueldos de que debiera disponer, habia consumido su patrimonio en servicios del estado: que se veia en sus últimos momentos privado de lo necesario; y que en esta estremidad rogaba se tuviese á bien mantenerle á espensas del público por el poco tiempo que le quedaba de vida.* Se le encontraron tres reales despues de su muerte, que era todo el dinero que tenia. Pocos ministros envidiarían semejante sucesion.

Al saber Carlo-Magno la muerte de un Obispo, quiso enterarse de lo que habia legado á los pobres: se le respondió que dos libras. *Este es un viático muy pequeño,* dijo entonces un eclesiástico, *para tan largo viage.* Complacido el principe

de esta reflexion, le dice al clérigo: *sed su sucesor, pero no olvideis jamás esa respuesta.*

Hallándose Lisandro de embajador de los lacedemonios en la corte de Dionisio el tirano, le envió este para su hija unos magníficos vestidos de Sicilia: mas Lisandro los rehusó diciendo: *temia que tan hermosos trages la hiciesen parecer mas fea de lo que era.* Poco tiempo despues de esta demostracion de desinteres, dió sin embargo otra por la inversa, pues habiéndole mandado nuevamente el mismo Dionisio otros dos vestidos para que escogiese el que mas le gustase, Lisandro se quedó con ambos diciendo, *que su hija elegia mejor que él.*

Un dia que el poeta Crebillon estaba muy ocupado en componer uno de aquellos romances con que mas se deleitaba en su retiro, entró precipitadamente á hablarle uno de sus amigos: *no me interrumpais* le dice el poeta, *que estoy en*

un momento sumamente interesante, pues voy á hacer ahorcar á un ministro bribon, y á desterrar á otro ministro imbecil.

Preguntándole un dia Luis XIV á Despreaux por un predicador de quien se le habia dicho que todo el mundo corria á oirle : *señor*, le responde el poeta, *V. M. no ignora que siempre se corre tras la novedad: es un predicador que predica el evangelio.*

En una ciudad de Suiza se espidió una órden que prohibia *hablar de Dios ni en bien ni en mal*. La espresion era grosera, pero la intencion de los legisladores era tal vez muy sabia en las circunstancias en que fué espedido este singular mandato. Toda la ciudad estaba en conmocion por las querellas del naciente calvinismo. Los magistrados se reunieron para deliberar sobre la creencia que habia de adoptarse en lo sucesivo: el pueblo estaba á la puerta de la sala esperando pacientemente la decision. Despues que se

hubo deliberado maduramente, el presidente de la asamblea salió diciendo: *que se habia decretado que nadie fuese ya á misa.* Cada uno dijo *Amen*, retirándose todos apaciblemente á su casa; y aquellos hombres, que hasta entonces habian ido á misa todos los dias, dejaron de ir repentinamente sin representar ni murmurar. Un pueblo tan sencillo merecia muy bien que sus magistrados, que querian ponerlo al abrigo de las querellas de religion, no tomasen la menor precaucion con él, sobre el estilo de sus órdenes.

Rehusando el Papa acceder á ciertas demandas de Valdemaro de Dinamarca, este príncipe le contesta: *yo he recibido de Dios la vida, de los daneses el reino, de mis padres las riquezas, de tus predecesores la fé, la cual te devuelvo por las presentes sino me otorgas lo que pretendo* (*).

(*) *Vitam habemus á Deo, regnum ab incolis, divitias á parentibus, fidem á tuis prædecessoribus, quantum si nobis non faves, remittimus per præsentas.*

Yo me arrepiento, le decia un Santo á cierto Papa, *yo me arrepiento de haberos dado mi voto para el pontificado desde que he sabido los extravíos de vuestra juventud.* Tranquilizaos, le contesta el Pontífice en el mismo tono piadoso; *el Espíritu Santo lo sabia antes que vos.*

Tratándose un día en la Cámara de los Comunes si debía pertenecer á la Francia ó á la Inglaterra cierto canton situado en los confines del Canadá, uno de los miembros de la Cámara se levanta y dice: *esta cuestion, señores, es tanto mas delicada quanto que los franceses se hallan no menos persuadidos que nosotros, de que aquel territorio no pertenece á los naturales del pais.*

El deseo de dominar es, segun Tácito, la mas ardiente de todas las pasiones. Sin duda que los monarcas absolutos consideran el placer de mandar como una recompensa muy dulce de la pena de gobernar, y es sin embargo demasiado cierto que los déspotas mandan mas bien

que gobiernan. *Si el rey me quitase mi destino y mis bienes*, decía un gran personaje, *yo me haria maestro de escuela, como cierto tirano de Siracusa, á fin de mandar por lo menos á los chicos, no pudiendo ya mandar á los grandes.* Hasta los mendigos tienen un perro á sus órdenes para conservar un ser que les esté sometido. No es esto decir que la pasion de dominar se halle igualmente desenvuelta en todos los hombres; pero la experiencia prueba que en las almas que están poseidas de ella, impone silencio á todas las demas pasiones, aun á aquellas que parecen hechas para sofocar el ascendiente de las otras, el amor y la avaricia; porque una ambicion bien decidida no vacila en arriesgar su fortuna por su elevacion, y en sacrificar sus mas caros objetos. Dos observaciones prueban tambien cuan violento es en el hombre el furor de ver á sus semejantes bajo de su dependencia: la primera es, que aun aquellos mismos que al principio han rehusado de buena fé los grandes empleos que se les ofrecieran, y que por fin han llegado

á aceptarlos, se desesperan al verse despojados de ellos, y suelen no sobrevivir á esta privacion. La segunda es, que de todos los vicios á que la especie humana está sujeta, aquel cuyo gérmen es acaso mas general en todos los hombres, es su inclinacion á abusar de la autoridad que pueden tener, aun cuando sientan en el fondo de su corazon la injusticia de este abuso. Vaya un hecho que lo comprueba entre los infinitos que ocurren diariamente.— Dos filósofos viajaban juntos por placer: segun el derecho que les daba la posta, y que seguramente no es sino el derecho del mas fuerte, los postillones hacian separar todos los carruajes que encontraban al paso, incluso los que conducian las mas útiles mercaderías: *ay amigo!* le dice el uno de los filósofos al otro: *nosotros gritamos contra la tiranía, y ya veis que suministramos ejemplos en su favor: nosotros tenemos por un momento una pequeña partícula de autoridad, y nosotros abusamos de ella.* El compañero convino en lo mismo; pero los dos filósofos continuaron su camino dejando que los pos-

tillones siguiesen deteniendo á todos los carruajes que encontraban.

Preguntándole un Corintio á Dionisio de Siracusa cómo habia perdido un imperio que su padre conservára por tanto tiempo, le respondió: *porque yo heredé su poder y no su fortuna. Cuando mi padre subió al trono los siracusanos estaban cansados de la democracia; y lo estaban de la tiranía cuando á mi me obligaron á que descendiese.*

Hallándose Demóstenes con Pytheas en una ciudad de Arcadia, se trabaron de palabras en pleno consejo hablando el uno por los Atenienses y el otro por los Macedonios, y refiérese que Pytheas dijo entonces: *como nosotros nos persuadimos de que hay enfermo en una familia cuando vemos llevar á la casa leche de burra, del mismo modo es para nosotros una señal infalible de que una ciudad se halla en mal estado, cuando se ve entrar en ella una embajada de Atenienses. Pero Demóstenes convirtió en su ventaja la com-*

paracion diciendo: *que asi como no se llevaba leche de burra á una casa sino para restablecer en ella la salud, nunca entraba tampoco en una ciudad una embajada de Atenienses sino para curar las enfermedades que en ella habia.* Demóstenes podria tener razon; pero siempre será mejor no necesitar de leche de burra: los remedios mas eficaces suelen ser peores que las mismas enfermedades.

Comiendo Isocrates con el rey de Chipre guardaba un profundo silencio, y rogándole que hablase respondió: *lo que yo sé no convendria aquí, y lo que aquí convendria yo no lo sé.* No sabemos si es por alguno de estos motivos ó por ambos, que guardan silencio en otras reuniones personas convocadas alli para hablar.

Un orador que hablaba un dia en una numerosa asamblea, viéndose interrumpido por los aplausos de la mayor parte de su auditorio, se vuelve á los que tiene á su lado y les pregunta: *he dicho alguna necesidad?....*

Tratándose en una de las sesiones de la Cámara de Diputados de Francia si la España hacia bien ó mal en negarse á reconocer la independendencia de las Américas, M. de Tracy apoya su opinion, respecto de las disposiciones de nuestro gabinete sobre el asunto, en el cuento siguiente: *yo sé, dice este honorable miembro, cual es el orgullo de los Españoles, y que ellos viven de su gloria nacional. Permitid que os cite un hecho que lo caracteriza bien. Estando yo en el reino de Granada encontré una familia que descendia de los conquistadores de los Moros del tiempo de Isabel y de Fernando. Esta familia tenia en Africa una inmensa propiedad de la cual habia sido desposeida hacia mas de doscientos años; y sin embargo tenia cuidado de hacerla arrendar de tiempo en tiempo, para lo cual buscaba á alguno que le pusiese un precio, con lo cual se tenia por muy satisfecha. He aqui, señores, el mismo caso en que se halla la nacion española respecto de sus posesiones de América.*

El Jesuita Nitard, confesor de la reina de España madre de Carlos II, y que durante la regencia gobernára despóticamente el reino, trataba á los grandes con suma altivez. Reconviniéndole uno de ellos porque le faltaba al respeto debido á su rango: *vos sois*, le responde el Jesuita, *el que debeis respetarme, á mí que tengo todos los dias á vuestro Dios en mis manos y á vuestra reina á mis pies.* Se le obligó por fin á salir de España cargado de la execracion pública, á pesar del poderoso apoyo con que contára.

Un escritor decia de los jesuitas, que jamás habia visto un cuerpo tan fácil de matar, y tan difícil de hacer morir: que la *sociedad* se parecia á esos gusanos y sabandijas, cuyos miembros separados del tronco, viven y se agitan largo tiempo haciendo esfuerzos por volver á reunirse.

Preguntándole al filósofo Fontenell en que se ocupaba su hermano el clérigo, respondió: *por la mañana dice Misa, y por la tarde no sabe lo que dice.*

Se sabe que la Inquisicion habia prohibido se usase de la palabra *fatum*, destino. Un inquisidor, encargado de examinar un libro en el cual se leía *et virgo fata est*, la Virgen dijo, escribió al márgen: *propositio hæretica, nam non datur fatum*; proposicion herética, porque no hay tal *fatum*. Un autor que necesitaba hacer uso de la misma palabra en una obra que se disponia á publicar, puso por todas partes *facta* en lugar de *fata*, y en la fé de erratas hizo poner *facta*, léase *fata*.

Un buen eclesiástico con quien fué á confesarse Despreaux, le preguntó cual era su profesion: *yo soy poeta*, le dice. -- Villano oficio, responde el confesor; y en qué género? -- Poeta satírico. -- Tanto peor. -- Y contra quien haceis sátiras? -- Contra los compositores de óperas y novelas. -- Oh! siendo así enhorabuena, y le dá la absolucion.

Cuando Isabel de Francia, hija de Enrique II, destinada por su desgracia á ser la esposa de Felipe II, fué entregada á los comisionados españoles enviados por

este monarca para recibirla, uno de ellos dirigió gravemente á la Princesa la primera parte de este pasaje: *Audi, filia, et vide, et inclina aurem tuam et obliviscere domum patris tui.* Escucha, hija mia, mira, presta oídos, y olvida la casa de tu padre. Otro de los comisionados, el Arzobispo de Burgos, agregó con mucha mas gravedad lo restante del testo: *et concupiscet Rex decorem tuum:* y tu hermosura inspirará deseos al Rey. La desgraciada princesa que entendia el latin, y que no se casaba sino muy á su pesar con el viejo monarca, cayó desmayada en los brazos de la reina de Navarra que la acompañaba.

Trabajando Felipe II en su bufete, se ve en la necesidad de valerse de sus domésticos: llama y nadie llega. Su bufon se echa á reir. -- De qué te ries? le pregunta el rey. -- Del respeto, de la estimacion y del temor que inspirais á la Europa, y del desprecio que haria de vos si dejaseis de ser fuerte, y vuestros súbditos no os sirviesen mejor que vuestros domésticos.

Terminada la guerra de sucesion se concedió una amnistia por el artículo 9, del tratado de Viena, imponiendo un olvido perpetuo sobre todo lo ocurrido durante la guerra; restituyendo á los que habian seguido el partido del Archiduque, sus propiedades, honores y puestos, y confirmando hasta las dignidades que muchos habian recibido de su mano. No pocos á quienes aquel habia concedido la Grandeza, tomaron posesion de su dignidad en consecuencia del tratado. El Consejo de la Cámara, á quien antes presentaron los títulos, leyendo en algunos de ellos, que Carlos les hacia esta merced en recompensa del celo y servicios que le habian hecho, y para indemnizarles de las pérdidas causadas *por la tiranía de Felipe*, Duque de Anjou, no se atrevió á protocolarlos sin consultar al rey, á quien tan gravemente ofendian las cláusulas del privilegio que iban á gozar. Pero Felipe V mandó que no se hiciera innovacion; procediendo en todo como si hubiesen conseguido la Grandeza de España por sus méritos.

En una reunion en que habia gentes de todas clases se encontraban tambien dos viejas de aquellas que emplean toda la mañana en rejuvenecerse. Ambas tenian á la vez la palabra, y una de ellas decia: «es preciso confesar que los hombres del dia son bien diferentes de los que nosotras tratábamos hace poco tiempo: aquellos eran muy corteses, graciosos, complacientes; pero yo encuentro á los de ahora groseros y de una estupidez insoportable.» «Todo ha variado, dice entonces un hombre, que parecia hallarse molestado de la gota: los tiempos no son ya lo que eran: hace cuarenta años que todo el mundo andaba sano, contento, no conversando mas que de cosas alegres, bailando, divirtiéndose: en la actualidad todo se presenta con un aspecto de tristeza insufrible.» La conversacion recayó un momento despues sobre asuntos políticos. «Pardiez, dice un viejo señoron, que el estado se halla bien gobernado! ¿Se encuentra ahora un ministro como C.? Yo le trataba, era de mis amigos, cuidaba de que me pagasen mi pension cuando

mandaba por ella: había un orden admirable en la Hacienda, todos se hallaban satisfechos; pero en el día yo me veo arruinado con el atraso de mis pagas.» «Y yo! esclama en seguida otro de mucha menos edad que el anterior: y yo, que me encuentro ahora en la clase de cesante, y aunque cobrando sin hacer nada una parte de mi sueldo, no sabiendo como enbrir con ellas todas mis atenciones y necesidades! cuando antes contaba sobre mi dotacion con otras adeálas y obvenciones inherentes á mi destino y á la manera de desempeñarlo! Aquella si que era otra época! «Señor, dice entonces un eclesiástico: V. habla de nuestros mas felices tiempos. Habia cosa mas grande que lo que se hacia para acabar con los hereges, con esos que declaman sin cesar contra los diezmos y rentas del clero secular y regular que tantos servicios prestára á la corona?» «Y cuenta V. por nada, agregaba otro, el esmero que se tenia por la observancia de las leyes que proscriben los desafios?» «La observacion es juiciosa, le dice entonces al oido uno de los concurrentes

al que tenía al lado: este hombre celebra con razon las leyes sobre los duelos: él las observa con tanto rigor que hace seis meses recibió cien palos por no quebrantarlas. Estos señores no juzgaban de las cosas sino por un retorno secreto que hacían sobre sí mismos, que es lo que sucede generalmente, razon por la cual no debe sorprendernos que los negros pinten blanco al diablo, y á sus dioses de su propio color.

Dionisio el antiguo, que solicitaba á favor de sus composiciones dramáticas los sufragios de cuantos le rodeaban, con la bajeza y crueldad de un tirano, le rogó un dia á Philoxenes corrigiese una pieza que acababa de componer: encontrándola este poeta muy mala, la rayó desde el principio hasta el fin con la misma libertad que acostumbraba censurar á los malos autores de su tiempo. Indignado Dionisio tuvo la cruel necedad de condenarlo á los trabajos de las canteras haciéndolo salir al instante; mas llamándolo despues á su corte, y con-

vidado á comer como tenía de costumbre, volvió á pedirle su parecer, es decir, sus elogios sobre otra nueva composición, creyendo haber corregido suficientemente su sinceridad. Entonces Philoxenes, sin responder una palabra al poeta tirano, se dirige á sus satélites diciéndoles: *volvédme á las canteras.*

El poeta Despreaux pudo usar impunemente con Luis XIV la misma libertad que Philoxenes con Dionisio, cuando mostrándole aquel monarca unos versos que habia tenido la ocurrencia de componer, y sobre los cuales le pedia su voto: *señor*, le responde Despreaux; *nada le es imposible á V. M., V. M. se propuso hacer malos versos, y lo ha conseguido.*

Cuando Luis XIV no habia renunciado todavía al gusto de ver representar las obras magistrales del teatro francés, le consultó un dia á Bossuet, que tanto habia escrito contra los espectáculos, para desvanecer los escrúpulos que tenia en este punto: *señor*, le responde Bossuet

al monarca; *hay grandes ejemplos en pro, y fuertes razones en contra.* Si la respuesta no era decisiva, era por lo menos tan diestra como noble. Mejor es, porque decide la cuestion, la que un célebre predicador dió á una dama que le preguntaba si hacia mal en ir á los espectáculos: *es á vos, señora, á quien toca decirlo.*

Un dia que M. de Nesmon, Arzobispo de Tolosa, perdió el hilo de su discurso arengándole á Luis XIV: *yo me complazco,* le dice el monarca viéndolo cortado, *de que me deis tiempo de gustar de las bellas cosas que me decis.*

Hablando un viagero de la decidida aficion que Cárlos III tenia por la caza, dice que así como Tito consideraba perdido el dia en que no hacia algun beneficio, el monarca español contemplaba tal aquel en que no dedicaba algunas horas á su diversion favorita, á la cual daba tanta importancia, que llevaba un registro diario de los animales que mataba. Alabándose poco antes de su muerte con

un embajador extranjero de haber matado con sus propias manos quinientos treinta y nueve lobos, y cinco mil trescientos veinte y tres zorros, añadió sonriéndose: *ya veis que mi entretenimiento no deja de ser de alguna utilidad á mi reino.* Los únicos dias en que este rey, ordinariamente tan dulce y tan amable, se manifestaba de mal humor, eran el jueves y viernes santo, á causa de no poder entregarse á su distraccion predilecta. Se dice que Luis XIV recomendó á sus descendientes muy eficazmente, que se dedicasen al ejercicio violento de la caza, á fin de destruir la afeccion hipocóndrica en su familia.

Hablando un dia con el Rey de la debilidad de su memoria, dijo: *Notando Carlos III que su ministro de la guerra Muniain se ausentaba con frecuencia de palacio á pretexto de indisposiciones: es preciso, dijo, que D. Gregorio Muniain cuente mucho con mi conocida repugnancia á mudar de resolucion, porque de otro modo jamas se habria atrevido á provocarme con testimonios tan continuados de su poco respeto á mi persona.*

Un día que el Conde de Aranda instaba al monarca con su tenacidad ordinaria á la adopción de ciertas reformas que le proponía, el rey, que en vano había intentado disuadirlo, exclamó: *Conde de Aranda, tú eres mas terco que una mula aragonesa.* El conde, que como se sabe había nacido en Aragon, le contesta al rey: *permítame V. M. le manifieste que conozco otro mas terco que yo.--Y quién es ese?* le pregunta el rey, á lo que el Conde añadió: *la sagrada persona del Señor D. Carlos III, rey de España y de las Indias.* El rey recibió esta contestación con una sonrisa agradable, despidiéndolo con su ordinaria amabilidad.

Un antiguo coronel francés á quien se le dió su retiro por haber dicho á sus soldados pasando por frente de la estatua de Enrique IV: *amigos, saludemos á este, que vale por todos,* se creyó suficientemente recompensado diciéndole al rey: *Señor, yo vengo á dar gracias*

á V. M. de que despues de haberle servido cuarenta años, me ha dispensado del reconocimiento.

En 1796 la academia de Leon propuso un premio á la mejor memoria sobre esta cuestion: *cuáles son los principios é instituciones mas á propósito para contribuir á la felicidad del pueblo?* Bonaparte entró en el certámen, pero guardando el anónimo, y su opúsculo ganó el premio. Cuando aquel soldado dichoso fué elevado á la dignidad imperial en 1804, Talleyrand que estaba enterado de este hecho, hizo buscar cuidadosamente la memoria premiada; y habiéndola encontrado la presentó al nuevo Cesar. Pero, con amargo chasco de parte del cortesano, Napoleon recibió el papel en silencio y lo arrojó al fuego.

Hablando un dia Bonaparte de sus campañas de Italia, se engolfó tanto en su narracion, que haciéndose ya tarde se

levanta su muger y acercándose á él, le dá en la espalda una palmadita diciéndole que condujese á los circunstantes al salon. *Señores*, dice al instante Bonaparte, *sed testigos de que mi muger me bate. Todo el mundo sabe*, replicó vivamente uno de ellos, *que Madama es la única persona que tiene este privilegio.*

Siendo Villele presidente del ministerio francés, M. Gerard apareció un dia en la Cámara de los Pares sostenido por dos lacayos. *Esta es una exacta personificacion del gobierno*, dijo Talleyrand, *que va llevado como un niño, y se imagina que anda por sí solo.*

Cuando el Príncipe de Polignac estaba al frente del gobierno, se refirió que se habia dejado decir, que bajo sus auspicios y los de sus cólegas se salvaria la Francia: *por qué no?* dijo Talleyrand; *una manada de gansos salvó el Capitolio.*

Un militar que carecia de bienes de fortuna, le decia á un cómico célebre y

opulento: *¿no es vergonzoso que un hombre como V. tenga tanta ventaja sobre un hombre como yo?... ¿Y cuenta V. por nada,* le responde el cómico, *el privilegio que le da su clase de hablarme en ese lenguaje?*

De un predicador, á quien se acusaba de desmentir con su conducta y su creencia las respetables doctrinas que predicaba, se dijo al salir de uno de sus sermones: *á tan bello discurso no le falta mas que la fé y las buenas obras del predicador.*

Hablando el duque de Grequi con el Mariscal de Clerembault, le dijo en el calor de la conversacion: *si yo fuese vos, señor Mariscal, me iria á ahorcar ahora mismo.--Pues bien, sedlo,* le responde el Mariscal.

Señor, le decia tiempo ha, un curioso á cierto togado; me parece que el oficio de V. es muy penoso.--No tanto, le responde el magistrado como V. se lo figura: de la manera que nosotros lo desempe-

ñamos no es mas que un entretenimiento. -- Pero qué! no tienen Vds. siempre llena la cabeza de asuntos ajenos? ¿No están Vds. continuamente ocupados de cosas que no les interesan? -- Tiene V. razon, estas cosas no nos son interesantes, porque nosotros no les damos ningun interes, y esto mismo hace que el oficio no sea tan fatigoso como V. se presume. -- Viendo nuestro hombre que se trataba con tanta indiferencia un asunto de no poca importancia, le dice al togado: señor, yo no he visto la librería de V. -- No es extraño, porque no la tengo. Cuando yo tomé mi cargo tuve necesidad de dinero para pagar los gastos que me ocasionaron mis pretensiones: vendi para ello mi biblioteca, y el librero que me la compró, no me dejó de los muchos volúmenes de que se componia mas que el libro de mi razon. No lo digo porque sienta esta pérdida: nosotros los jueces no nos inflamamos con una vana ciencia. Qué nos importan todas esas voluminosas colecciones de leyes? Casi todos los casos son hipotéticos, y salen de la regla general. -- Pero no será esto, le re-

plica el curioso , porque Vds. los hacen salir? porque en fin , para qué habria leyes en todos los pueblos del mundo si ellas no tuviesen su aplicacion? y como podrian aplicarse ignorándolas?--Oh , amigo! si V. conociese nuestro foro , le contesta el ministro , no hablaria de ese modo. Nosotros tenemos libros vivos , que son los abogados : estos trabajan por nosotros y se encargan de instruirnos.--Y no se encargan tambien algunas veces de ofuscar vuestra razon? le repone el otro: no se haria, pues, mal en tratar de ponerse á cubierto de sus embrollos. Ellos tienen armas con las cuales atacan la equidad de los jueces , y así seria bueno que tambien estos las tuviesen para defenderse , y que no entrasen en la pelea á la ligera con gentes tan encorazadas : de este modo habria menos riesgo de que los tribunales pronunciasen en causas idénticas fallos enteramente contrarios *é sempre ben.*

La Motte decia que una de las razones que entre otras muchas habian hecho que se disgustase del foro , era la respues-

ta que un célebre abogado de su tiempo le dió un dia en su presencia al presidente Lamoignon. Preguntándole este magistrado por qué se encargaba tan à menudo de causas detestables: *porque yo he perdido le respondió, muchas buenas, y ganado muchas malas.*

Metelo Nepote le decia un dia á Ciceron, que habia hecho morir muchas mas personas acusándolas que las que habia salvado defendiéndolas: *confiésolo, le responde el orador, porque hay en mí mucha mas buena fé que elocuencia.*

Un tal Publio Cotta que se preciaba de gran juriseconsulto, sin embargo de ser muy ignorante en la legislacion y bastante rudo, fué citado por Ciceron como testigo en una causa que defendia; y como Cotta respondiese que nada sabia en el asunto sobre el cual le examinaba: *sin duda crees, le dice Ciceron, que eres interrogado sobre algun punto de derecho.*

Un escritor dice, que cuando ve á los

literatos tomar partido con tanta acritud, los unos por los antiguos, y los otros por los modernos, le parece ver á las mugeres de la fábula, de las cuales la mas vieja le arrancaba á su marido los cabellos negros, y la mas jóven los blancos, de suerte que acababan por dejar calvo al pobre marido.

Estando cierto *clásico* en el teatro disfrutando de la representacion de un drama flamante, cuyos ventajosos anuncios habian excitado sobremanera su curiosidad, tuvo la ocurrencia de apostrofar á la conclusion de la pieza á su autor, como cuentan que el cardenal d'Est felicitó riyéndose á Ludovico Ariosto al dedicarle su poema de Orlando: *Dove diavolo, Messer Ludovico, avete pigliate tante coglionerie.* De donde diablos ha ido V. á sacar tanto desatino?

El Abate Terrasson decia de su padre con motivo de haber destinado á la carrera eclesiástica á cuatro hijos que tuvo: que habia formado el proyecto de acele-

rar por devoción el fin del mundo en cuanto estaba de su parte. = El mismo Abate decia hablando de su traduccion del historiador Diodoro, que su principal objeto habia sido vertir el testo del escritor en toda su torpeza, así como otro decia de sus traducciones, que habia conservado en toda su pureza el escándalo del testo.

Refugiado en Francia en tiempo de Francisco I.º el poeta italiano Luiggi Alamanni, compuso un poema sobre el Aguila contra el emperador Cárlos V, y fué muy estimado entonces el pensamiento siguiente:

L'Aquila grifagna

Che per piu divorar, duoi rostri porta.

Ciertamente que era hacer del Aguila del imperio un pájaro de presa muy carnice-ro, y una especie de monstruo, darle dos cabezas y dos picos para devorar mejor. Habiendo hecho la paz los dos príncipes, Alamanni fué el plenipotenciario que Francisco I.º envió cerca del emperador; y

en su primera entrevista le hizo un gran discurso en que le atribuía, no ya la condición devoradora del águila, sino lo que se nota de mas maravilloso en este animal. Pero como repitiese demasiado *L'Aquila* á la conclusión de su arenga, el emperador le interrumpió con suma gravedad:

L'Aquila grifagna
Che per piu divorar duoi rostri porta.

Mas Alamanni sin turbarse, repuso que entonces habia hablado como poeta, y que en aquella ocasion hablaba como embajador: que á los poetas les era permitido mentir; pero que los embajadores siempre debian decir la verdad. *Magnanimo Principe: allora io raggionaba come gli poeti aquali é lecito di favolaggiare: io raggiono in questo discorso como un Ambasciatore che non deve fingere.*

El poeta inglés Waller que habia compuesto una pieza en elogio de Carlos II, le dijo á este príncipe al echarle en cara que habia elogiado mejor á Cronwel: se-

ñor, nosotros los poetas acertamos mas en las ficciones que en las verdades. Waller habia elogiado á los diferentes príncipes bajo los cuales vivi6, á Jacobo I.º, Cárlos I.º, Cronwel, Cárlos II, y Jacobo II, porque segun él, y segun tambien la mayor parte de sus cofrades,

Le monarque qui regne est toujours le plus grand.

El poeta Gacon fatigaba continuamente con miserables epigramas á Lamotte con esperanza de obligarle á una respuesta que no podia arrancarle. Cansado, en fin, de derramar inútilmente su hiel contra este escritor: *vos no ganareis nada, le dice; yo voy á publicar un folleto que tendrá por titulo: Réplica al silencio de M. de Lamotte.*

Un poeta que reprendia á otro por el uso profano que hacia en sus versos de las divinidades del paganismo: *no podeis hacer agradable, le decia, la descripcion de una fuente ó de un bosque sin que haya alguna Nayade ó Ninfa?*

Además, por qué poner mugeres en todas partes? No hacen ellas bastante mal donde están naturalmente?

La condesa de G... acababa de casarse en los momentos de lo que se llamó en Francia *la restauracion*. Su suegro, su suegra, su marido eran de los que entonces se tenían por realistas puros. En cuanto á la jóven condesa, era tímida, dulce y modesta..... como un corderito. El dia de la entrada de los aliados en Paris, el suegro, la suegra y el marido, que habian sido de los primeros en salir al encuentro de los buenos amigos, regresaron á su alojamiento, trayendo cada cual consigo un extranjero: el marido un inglés, la suegra un prusiano, y el suegro un aleman. Los tres realistas se esmeraban á porfia en festejar á los huéspedes á quienes se tenia la dicha de poseer. Solo la condesita permanecia indiferente en medio de la alegría de la familia. Fué reprendida por su poca adhesion á la buena causa, y se le previno tratase del mejor modo posible á los valientes que habian

restituido al rey al trono de sus mayores. El marido le ruega desde luego al inglés que enseñe á montar á caballo á la condesa: la marquesa quiere que el prusiano la lleve al baile; y el marqués, advirtiendo que el alemán es aficionado á la pintura, le insta á que vaya á visitar los museos con su nuera: nada se omite, en fin, para que la condesa se vea en el caso de hacer una necesidad. Cuando se dice una, quiere decirse que fueron tres; porque ella no quiso darle la preferencia á ninguno. La condesa era linda; pero poco diestra: descubrióse muy pronto la triple intriga, y la pobre jóven fué puesta en berlina. Entonces el marido, el suegro y la suegra, personas todas muy guapas á la verdad, pero no de un realismo tal que pasase de raya, claman á voz en grito manifestando á la culpable los efectos de su cólera. Ay! les dice ella: «no tengo yo la culpa: vosotros la teneis, pues que lo habeis así querido. Vosotros me mandasteis que tratase á esos señores del mejor modo posible, y yo no debia en obediencia rehusarles nada.» Esta ayentura

hizo mucho ruido y se habló de ella en palacio. Luis XVIII rió mucho de este desenlace de un nuevo género, y como gustaba de corresponder á la relacion de una anécdota con otra, contó que una gran señora, la vieja marquesa de M.... se habia ofrecido en recompensa á los suboficiales de la ex-guardia imperial que quisiesen gritar *viva el rey*. Mas la vieja marquesa encontró tan recalcitrantes á los refunfuñadores imperiales que no pudo conseguir el que diesen el menor viva.

En aquellos dias dedicados á las diversiones saturnales del realismo, se presenta en Paris el ex-virey de Italia. Se creyó que el hijo de Josefina, infiel á la causa del desgraciado, iba á colocarse entre los cortesanos del rey de Francia. Luis XVIII lo habria recibido con los brazos abiertos, confiando en él, mas que en nadie, por el aprecio que hacia de su bello carácter. Pero el príncipe Eugenio permanecia insensible á las mas exigentes solicitudes, y á las ofertas mas brillantes que le hacian los aliados. Se sabe, á ciencia

cierta, que se le propuso el gran Ducado de Génova por los gabinetes de Londres, de Viena y de San Petersburgo. El emperador Alejandro le dirigió sobre este asunto una carta autógrafa, á la cual el Virey contestó con la siguiente: « Señor he recibido las proposiciones de V. M. y seguramente que me han parecido muy bellas; mas ellas no variarán mi determinacion. Es preciso que yo haya representado á vuestras ojos un papel miserable cuando tuve el honor de veros, pues que habeis formado de mí la idea de que podria por un precio cualquiera faltar al honor. Ni la perspectiva del Ducado de Génova, ni la del reino de Italia me precipitarian á cometer una traicion. El ejemplo del rey de Nápoles no puede seducirme: yo prefiero volver á ser soldado antes que soberano envilecido. Me decis que el Emperador me ha dado motivos de resentimiento: yo los he olvidado, y solo me acuerdo de sus beneficios. Yo se lo debo todo, mi rango, mis títulos, mi fortuna, y lo que yo prefiero á todo esto, lo que vuestra indulgencia tiene á bien llamar mi

gloria. Yo le serviré en tanto que viva: mi persona es suya como mi corazón. Pueda mi espada romperse entre mis manos antes que ser infiel al Emperador ó á la Francia. Yo me lisongeo de que apreciada mi repulsa, me asegurará la estimación de V. M. imperial.» Alejandro era capaz de apreciar una conducta como esta. Cuando fué á ver á Josefina á Malmaison, le mostró esta carta magnánima de su hijo. La emperatriz se la pidió; mas solo quiso darle una copia, y la que acaba de transcribirse se debe al Senador Beauharnais.

Arrojado de Milan el Príncipe Eugenio por un motin popular, se fué en derecha á Paris. Llegó á casa de su madre el 9 de Mayo, y el 10 fué admitido á la audiencia del rey. Se habia disputado mucho sobre la manera de recibirle, y sobre el título que se le daría. Concederle simplemente el de Vizconde, habria sido ridículo: darle el de Príncipe, habria comprometido singularmente la dignidad legítima de la nueva dinastía. Se convino pues para cortar dificultades, en que se le diese

el título de Mariscal de Francia: no se previó lo que iba á suceder. El viejo Duque d'Aumont habiendo introducido al Príncipe Eugenio : *Señor Mariscal de Francia*, dice el Rey á este último, *yo me complazco de veros*. El Príncipe que iba á hacer su cumplido, se detiene con la mayor sorpresa mirando alrededor de sí á ver con quien hablaba el Rey. Luis XVIII advirtiendo su sorpresa, añadió con una sonrisa de gracia. *Vos sois, señor, el Mariscal de Francia: yo me congratulo en revestiros con esta dignidad.* «Señor, respondió Eugenio, yo quedo muy obligado á V. M. por su buena voluntad; pero la desgracia del rango á que la Providencia me ha hecho subir, no me permite aceptar el noble título con que quereis honrarme. Yo lo rehuso conservándoos un entero reconocimiento.» La firme resistencia de Eugenio puso al Rey de muy mal humor; pues era para él una especie de jaque en ventaja de Napoleón. Por lo demas, este ejemplar no fué contagioso: todos los demas militares del imperio se apresuraron á asegurar al Rey

su sumision y el ansia que tenian de servirle.

Durante la revolucion de los Estados Unidos se cogió, cuando la entrega del general Borgoyne en 1777, entre varios pertrechos de guerra, municiones, &c., una cureña de artillería volante, la cual juntamente con un cañon de bronce, cogido por el general Lafallete en persona en la toma por asalto del reducto de York Town, en que hizo un papel distinguido, se conservan actualmente en el arsenal del gobierno de Gibbonsville. En la visita que este general hizo á los Estados Unidos en 1825, fué un dia á examinar las obras del gobierno en frente de esta ciudad, y mientras que le hacia el saludo de ordenanza, reconoció el mismo cañon de que hemos hablado, y se dice que inmediatamente se acercó á él y le abrazó como compañero de su juventud. El 26 de Julio de 1834 se añadió un nuevo eslabon á esta cadena de coincidencias. Habíase recibido el dia anterior en el arsenal la órden del gobierno acerca de

la muerte del general Lafayette, mandando que se disparasen cañonazos de media en media hora en honor de este gran patriota. La órden fué puesta en ejecucion con la misma pieza que tan notablemente figuró en los primeros tiempos de su historia. El efecto que haya producido en las personas que oyeron el saludo, y tuvieron conocimiento de los hechos históricos que hemos referido, debe de haber sido en extremo interesante y melancólico.

El reverendo Jacobo Duché, eclesiástico muy distinguido por su carácter, su piedad y su elocuencia, escribió á Washington en una de las circunstancias mas apuradas en que se hallaban los asuntos públicos, que era inútil toda resistencia, la cual no produciria otro efecto que aumentar las calamidades que desolaban el pais. Instábale á que entrase en composicion con el general inglés, bajo las mas favorables condiciones, y que abandonase una causa enteramente desesperada. Esta carta en perfecta armonía con los sentimientos de muchos ciudadanos que manifestaban

abiertamente haber perdido toda esperanza, y el carácter del reverendo Duché, incapaz de traicion y bien conocido por su adhesion á la causa de la independencia, habria podido producir una viva impresion en cualquiera otro que no hubiese sido Washington, que jamas desesperó del éxito de la empresa. Por toda respuesta á la carta enérgica del honrado pero tímido eclesiástico, hizo le dijesen, que si hubiera tenido la mas ligera idea del contenido de su carta, ni siquiera la habria abierto.

Hallábase una noche en la ópera de rio Janeiro, don Pedro de Braganza, Emperador entonces del Brasil. Una muger llorosa y enlutada penetró hasta donde estaba, y se arrojó á sus pies diciéndole, que una porcion de sucesos extraordinarios la habian precipitado de la opulencia á la escasez mas absoluta. Su marido se hallaba en Oporto, donde las tropas de don Miguel lo habian hecho prisionero y se habian apoderado de todos sus bienes. Un hijo que tenia consigo acababa de pe-

recer al servicio del Brasil en un combate reciente. La noche anterior recibió estas dos noticias, y aquella misma noche un incendio terrible habia reducido á cenizas su habitacion, y el mas jóven de sus hijos habia encontrado la muerte en medio de las llamas. Don Pedro, despues de haber escuchado esta narracion, se esforzó en consolar á la suplicante: « todos tenemos, señora, en este mundo, la dijo, nuestros contratiempos y calamidades que soportar, y es necesario armarse de valor cuando nos vemos en tales circunstancias: ademas que por entre las nubes mas oscuras brilla el sol á intervalos»; y en seguida le dijo á uno de los gentiles hombres de cámara: *dale á esta señora todo el dinero que traigas contigo.* El gentil hombre habia jugado muy fuerte antes de ir á la ópera con una suerte deshecha, y llevaba consigo seiscientos mil reales en billetes de banco, cuando el Emperador le invitó á vaciar su bolsillo en manos de la señora aflijida, lo cual verificó despues de haberlo pensado un rato. Instruido don Pedro al dia siguiente del don magnífico

que habia hecho sin saberlo, se incomodó; pero ya el mal no tenia remedio, y fué necesario conformarse con menos voluntad que la que manifestó Marco Antonio en un caso semejante. En el momento de desembarcar don Pedro en Oporto á la cabeza de las tropas que llevaba á Portugal, se presentó una muger entre la multitud, y se le acercó manifestando la mayor alegría y entusiasmo. A pocos dias recibió don Pedro por un conducto desconocido doce mil dollars, que le enviaba la señora á quien habia socorrido tan liberalmente en la ópera, en prueba de su agradecimiento, y mientras tanto su marido se presentaba á la muerte, á la cabeza de una partida de constitucionales que acababa de formar contra los miguelistas, y los dos hijos que le quedaban, sin tener aun edad para tomar las armas, estaban ya alistados bajo las banderas del ejército libertador.



VERDADES

AUN NO REPETIDAS LO BASTANTE

SOBRE LA MARINA MILITAR.

Los fundamentos que constituyen el imperio del mar penden de la tierra, y suponen la posesion de una agricultura, industria, comercio y poblacion correspondiente.

Antes de tener naves que guerreen, es preciso tener naves que pesquen, y naves que trafiquen; ó lo que es lo mismo, que primero debe haber una marina civil sobre que se funde y pueda sostenerse la militar.

El fomento de la armada naval, debe ser solamente en proporcion de los recursos del estado.

Una nacion que no es por oficio navegadora, no puede ser esperta en las cosas de la mar, y en ella quien aventaja en pericia aventaja otro tanto en fuerza y en poder.

El oficio del mar no se aprende sino

en el mar, y es mas bien fruto de la experiencia que de la ciencia.

En las batallas navales no basta el valor, la sangre fria y la buena voluntad de pelear, si falta por otra parte la disciplina y la consumada destreza que se requiere en las maniobras y evoluciones.

Es inútil y por lo regular pernicioso la porfía en intentar lo que en el orden natural de las cosas no es asequible.

Antes es tener patria, tener nacion, tener gobierno y ejércitos que aseguren su existencia, que tener marina.

Entre todas las cosas de un estado, desde lo mas mínimo á lo mas grande, desde el copo que hila la vieja hasta el navío de tres puentes que surca los mares, y parece ser el último esfuerzo del ingenio humano, existe una correlacion íntima, una cadena no interrumpida de causas y de efectos, que eslabona todas las partes, y por decirlo así, todos los átomos de la sociedad en que vivimos.

Así como no puede florecer por sí sola ninguna de las ramas de un árbol seco en sus raíces y en su tronco, tampoco podrá

nunca conseguirlo el cuerpo de una armada naval sino á proporcion de los progresos y engrandecimiento de la nacion misma á que perteneciese.

En un pueblo sin artes, sin culturas, sin comercio, sin sistema fijo, y sin un cierto genio marítimo, la armada naval jamás será otra cosa que una planta exótica incapaz de dar ningun sazonado fruto.

El fomento de la marina militar pende mas bien de las causas ó medios indirectos, que de los directos.

En la filiacion de las ideas no debe nunca invertirse el órden propio y natural de las cosas, colocando antes el efecto que la causa; ó lo que es lo mismo, pretendiendo fundar la marina militar sin tener el competente comercio que la crie y alimente.

Todo lo que se trabajase sin este firme y seguro principio, seria lo mismo que fabricar en el aire ó dibujar en la arena, malográndose el tiempo, el dinero y los esfuerzos que se hubiesen aplicado.

No puede existir armada grande sin los auxilios de comercio grande, así en

lo que mira á caudales, como en lo que mira á la marinería: siendo cierto que veinte bajeles con buenos oficiales y tripulaciones, harán mas que cuarenta con gente bisoña é inesperta.

Ni los arsenales, ni los navíos, ni las ordenanzas, ni el dinero bastan para fundar una marina de provecho, faltando los demas requisitos sustanciales para la consecucion de este objeto.

El plan de una marina relativa á las fuerzas de un estado marítimo, y á los medios indispensables para su accion y movimiento, es una de las cosas mas dificiles de formar, debiendo en él tomarse por base, no la estension de las costas del reino, sino la estension de sus rentas y de la navegacion mercantil, que es el plantel ó almáciga de la buena marinería.

El poder marítimo ó naval no se ha de buscar directa y fundamentalmente en el aparato de la fuerza militar; la cual en sí misma no debe considerarse tampoco como causa sino como efecto: principio sustancial y luminoso para servir de base á un buen sistema marítimo.

Entre la apariencia y la realidad de la fuerza naval hay una grandísima diferencia, y de nada sirve lo accesorio si falta lo principal.

El poderío marítimo tiene un límite forzoso, que no puede estenderse mas allá de lo que permitan los ordinarios recursos del estado, y el manantial de la riqueza pública, que solo estriba en los progresos de la agricultura, en la actividad de la industria y comercio, en el fomento de la navegacion mercantil y pescadora, en la ilustracion general de la nacion, y en la estabilidad, firmeza y sabiduría de su gobierno.

El ostentoso y brillante aparato de una fuerza naval de pura apariencia, como es preciso que lo sea cuando no guarda proporción con dichos medios, solo sirve para arruinar el estado y comprometer la gloria de sus armas.

Ni la mas consumada pericia, ni la mayor bizarría y esfuerzo personal de un corto número de hombres escogidos, valen nada para superar y remover los estorbos de una máquina mal montada, defectuosa

en su esencia, y de tan complicado artificio y movimiento como es el de una grande armada naval.

Es indispensable que el poder marítimo se sostenga por la reunion de las disposiciones legislativas, económicas y diplomáticas, y mediante una sabia y triple combinacion de un estenso comercio que alimente las cuantiosas rentas del fisco; de unas rentas bien entendidas, bien administradas y bien distribuidas, las cuales cubran los gastos enormes de una marina, que por su parte compense y retribuya estos dispendios con el respeto, influjo y proteccion que sus bien aprovechadas fuerzas presten á las negociaciones diplomáticas, á la libertad y seguridad del comercio, y á las utilidades consiguientes del erario.

La poderosa masa de la fuerza naval de una nacion, estriba solamente en la comun pericia de todos los que han de concurrir á su gobierno y manejo, lo cual no es dable conseguir por ningun otro medio que el de la esperiencia, la constante práctica de las cosas del mar, ó sea

el empirismo náutico, que es lo que principalmente forma los grandes marinos.

La mar es el gran libro de estos, cuyo oficio requiere un largo aprendizaje, que solo puede conseguirse á bordo de los bajeles y en la edad juvenil.

Mientras que todas las partes del servicio marítimo no lleguen á tenerse montadas al unísono, y con toda la perfeccion que la complicada máquina naval requiere, de tal suerte que llenen respectivamente en su completo los fines á que deban concurrir, será en vano esperar los frutos que se desean, ni que estos compensen los dispendios.



EL PETIMETRE.

Piris ve en la Iglesia un calzado de última moda, mira al instante el suyo, encuéntralo inferior y se avergüenza; ya no se cree vestido: habia ido á misa para que le viesen y se esconde ansiando el momento de regresar á su casa. Hétele aquí encerrado todo el dia en su cuarto á causa del pie. Tiene la mano suave, y procura conservar su suavidad con pastillas de olor: cuida de reir para enseñar su dentadura, y encoje la boca para que parezca menos grande, ya que no tan chica como quisiera, y casi no hay momento en que no quiera sonreirse. Ve sus piernas, se mira al espejo, examina placentero la colocacion de su corbatin y tirillas; revisa satisfecho su peinado: nadie puede estar mas contento de su persona que lo está él de sí mismo. Ha adquirido una voz clara y delicada, y por fortuna no habla balbuciente. Tiene un cierto movimiento de cabeza y no sé que dulzura en los ojos que no olvida para darles interes: su andar es de puntillas, y como

si temiese tropezar por todas partes: su aire es el mas lindo y elegante que pudiera discurrirse. Gasta carmin, pero pocas veces, no quiere habituarse á él. Tambien es verdad que lleva calzones y sombrero, y que no tiene pendientes ni collares de perlas; pero por lo mismo no lo coloco en el capítulo de las mugeres.

EL PRESUNTUOSO.

Es un hombre cuyo carácter parece únicamente formado por la misma vanidad; que no hace nada por gusto, que no obra sino por ostentacion, y que queriendo elevarse sobre los demas, desciende hasta hacerse inferior á sí mismo. Familiar con sus superiores, importante con sus iguales, y altivo con sus inferiores, tutea, protege y desprecia. Si le saludan no ve; si le hablan no escucha; si otros conversan va á interrumpirlos, y chanea en la sociedad mas respetable, y la conversacion mas seria. Si una muger le mira por casualidad con ojos naturalmente tiernos, cree por esto que le ama. Ya sea que lo su-

fran ó que lo despidan, él saca el mismo partido de todo. Al hombre virtuoso que tiene la desgracia de necesitarlo, le dice que vaya á verle á las horas de sus devaneos y en que espera á los sujetos mas insignificantes. A una persona independiente le ofrece un asiento en su carruage; y deja que tome el menos cómodo. Sin conocimiento de ninguna clase, da su parecer á los sabios y á los artistas. Cuando sale del teatro habla en secreto con los que le acompañan: se marcha corriendo y de modo que parezca que va á una cita, cuando á lo que va es á cenar solo á su casa. Hace que en público le entreguen misteriosamente algun billete verdadero ó supuesto: se creeria que ha fijado á una coqueta ó conseguido determinar á su favor á una gazmoña. Hace un largo cálculo de su caudal: no tiene mas que un millon de renta y no puede vivir. Consulta la moda así para sus excesos y extravagancias, como para sus vestidos y carruages; lo mismo para la eleccion de médico que para la de sastre. Al ver á este verdadero personage de teatro,

se pensaria que lleva puesta una careta; al oírle se diria que representa algun papel de comedia. Sus palabras son vanas; sus acciones otras tantas imposturas; su mismo silencio es falaz. Falta á sus obligaciones verdaderas, y las finge cuando no las tiene. No va á donde le aguardan; llega tarde á donde le esperan. No tiene valor de reconocer á un pariente pobre ó poco notable. Se gloria de la amistad de un grande que nunca le ha hablado, ó que jamás le ha respondido. No tiene mas que la suficiencia y las palabras satíricas del hombre agudo y festivo; el tren y los acreedores de las personas de rango. Con una poca de picardía, seria en todo el reverso del hombre de honor. Es, en una palabra, un hombre de talento para los necios que lo admiran, un necio para las personas sensatas que le huyen. Pero conociendo bien á este ente, se verá, que ni es un hombre de talento, ni un necio, sino un fatuo presumido, y el modelo de una infinidad de jóvenes tontos y mal educados.

Don Rosendo tiene la tez fresca, el rostro lleno, y las mejillas abultadas: es ancho de espaldas y de pecho elevado; anda con paso firme y decidido; su mirar es fijo y asegurado. Habla con confianza; hace repetir á los que le hablan, y no gusta sino á medias de lo que le dicen. Desenvuelve un grande pañuelo, y se suena con estrépito; escupe lejos y estornuda recio; duerme de dia, duerme de noche y siempre profundamente, sin dejar de roncar en compañía de otros. Ocupa en la mesa, en los paseos y en todas partes, mucho mas sitio que nadie, y toma el centro paseándose con cualquiera. Si se detiene, todos se paran; si continua andando, todos andan y se arreglan á su paso: interrumpe y enmienda á los que tienen la palabra, y á él ninguno le interrumpe: escúchanle todo el tiempo que quiere estar hablando: todos son de su opinion, y todos creen las noticias que dá. Si se sienta, se le ve undirse en una poltrona, cruzar las piernas, fruncir el en-

trecejo , calarse el sombrero hasta los ojos para no ver á nadie , y levantarlo despues descubriendo su frente con fiereza y audacia. Es placentero , de mucho reir , impaciente , presuntuoso , colérico , libertino , misterioso sobre los asuntos del tiempo : se cree con talentos y genio , es rico.

EL POBRE.

Don Agapito tiene los ojos hundidos , la tez tosca , el cuerpo seco y la cara enjuta ; duerme poco y su sueño es muy ligero : anda distraido y cavilando , y á pesar de que no le falta talento , tiene todo el aspecto de un estúpido. Se olvida de decir lo que sabe , ó de hablar de sucesos que le son conocidos , y si habla alguna vez lo hace mal : cree fastidiar á aquellos con quienes conversa , y refiere con brevedad , pero friamente : tampoco se hace escuchar ni hace reir : aplaude y se sonrie de lo que otros le dicen siendo siempre de su opinion. Corre , vuela para servir á todos como puede : es complaciente , lisongero , solícito ,

misterioso en sus cosas, y algunas veces embustero. Es supersticioso, escrupuloso y tímido. Anda con tanta delicadeza y tan de prisa, que parece teme se le hunda la tierra: anda con los ojos bajos, y no se atreve á levantarlos para ver á los que pasan. Jamás es de los que se reúnen para discurrir, y si por casualidad se encuentra en alguna reunion, se pone detrás del que habla; recoge furtivamente lo que se dice, y se retira si le miran. No ocupa lugar ni tiene sitio determinado: va siempre encojido de hombros, y con el sombrero hasta las narices para no ser visto. Se envuelve y emboza en su capa, y no hay plaza ni calles, por embarazadas y llenas de gente que estén, por donde no encuentre el modo de escabullirse sin esfuerzo, y de colarse donde le acomoda sin que lo perciban. Si le ruegan que se siente, apenas se pone en la orilla del taburete: habla bajo en la conversacion, y articula mal: prodúcese sin embargo con libertad tratándose de asuntos públicos: muéstrase disgustado del siglo, y no muy prevenido

en favor de los ministros y del ministerio. No abre la boca sino para responder: tose y se suena debajo del sombrero: escupe casi encima de sí, y aguarda á estar solo para estornudar, ó si lo hace, porque no pueda menos, es sin que lo adviertan los circunstantes, y sin que le cueste á nadie un saludo, un cumplimiento, un Dios te ayude; es pobre.

EL MARINO.

El marino es un hombre que colocado sobre un elemento borrascoso en que tiene enemigos que combatir, debe poner toda la naturaleza de inteligencia consigo mismo; conocer todas las cualidades de su embarcacion, ponerse al corriente de un solo golpe de vista de todas sus partes, y gobernarla como el alma gobierna al cuerpo, con el mismo imperio y la misma rapidez. Distinguir la direccion real de los vientos de su direccion aparente; disminuir ó aumentar á su placer el impulso de ellos; sacar de la misma fuerza efectos enteramente contrarios; hacerse

dueño de la agitacion de las olas y aun obligarlas á concurrir á la victoria; encadenar la inconstancia de tantas causas diferentes, de cuya combinacion resulta el buen éxito; calcular, en fin, las probabilidades, y dominar los azáres; tal es el arte de un marino.

LA SOCIEDAD.

La sociedad es una porcion de hombres reunidos por las mismas necesidades, y divididos por intereses, por pasiones, por miras incompatibles: una multitud de rivales, que ansiosos por la posesion de unos mismos bienes no trabajan mas que en arrebatárselos mútuamente: una mansion de disensiones y de peligros, donde hay muchos menos socorros que esperar, que lazos que temer; donde si alguno es desgraciado, se le desprecia; si feliz, se le envidia y contraría: donde lejos de perdonarse las faltas y las desgracias, no se perdona ni la misma virtud; ni las prosperidades: donde los unos están dispuestos á dañarse por interés, otros por

envidia, muchos por solo el placer de dañar: donde, en fin, se está espuesto á los ataques de quién sabe cuantos enemigos, tanto mas temibles, quanto que andan enmascarados sin parecerlo, y que los encontramos á cada paso, aun entre aquellos mismos que por los vínculos mas sagrados debieran ser nuestro apoyo y nuestros protectores.



MÁCSIMAS Y REFLECSIONES.



Un buen gobierno es el suplemento de la moral de los hombres.

Un estado es perdido cuando se da el nombre de virtud á lo que se llamaba deber.

El amor de la patria se estingue desde que comienza á ser un objeto de alabanza.

Un estado siempre ganará mas en ser gobernado por un ciudadano que por un héroe, por un corazon sensible que por un gran talento.

Es mas fácil legalizar ciertas cosas que legitimarlas.

Es un efecto de la multitud de leyes el juzgar como si no las hubiese; es decir, segun el buen sentido y la equidad cuando las costumbres públicas son las que dirigen é inspeccionan; segun la intriga ó el interes, cuando ya no hay costumbres públicas.

Hay mil precios para los bellos dis-

cursos, y ninguno para las bellas acciones.

El mayor de todos los atentados es viciar la justicia en su fuente, y colocar la conciencia del magistrado entre las exigencias de un partido y su deber, que no sufre se sustituya una interpretacion política á los términos de la ley.

Los malvados temen la justicia, y los hombres de bien temen á los jueces.

Las cosas de este mundo toman aspectos muy diversos: todo se parece á Jano, todo con el tiempo tiene dos caras.

En ciertas épocas las virtudes eminentes están sujetas á juicios siniestros, no siendo menos peligroso una grande reputacion que una mala.

No se ha de emplear á aquellos de quienes se sospecha; pero tampoco se ha de sospechar de aquellos á quienes se emplea.

El heroismo y la ferocidad, tal vez no son en su origen mas que una disposicion á todo lo que es grande y desmesurado; un problema que la educacion resuelve en este ó en el otro sentido.

Viendo lo que pasa en el mundo, el

hombre mas misántropo acabaria por divertirse, y Heráclito por morir de risa.

La estimacion vale mas que la celebridad, la consideracion mas que el renombre, y el honor mas que la gloria.

Se quiere mas estar á la cabeza de un mal partido que no ser nada.

Los débiles son las tropas ligeras del ejército de los malos.

Crímen de muchos, impunidad de todos.

Los triunfos son calamidades en las guerras civiles.

La esperanza de vencer hace que se venza.

El desprecio del triunfo es mas glorioso que el mismo triunfo.

Los elogios fúnebres son una de las causas de la falsedad de la Historia.

Un héroe principia á dejar de serlo desde que no sabe soportar el exceso de la prosperidad.

En la córte un mérito brillante daña mas que aprovecha.

La córte es un pais en donde las alegrías son visibles pero falsas, y los pe-

sares ocultos pero efectivos.

Si la política no inspira siempre bondad, equidad, complacencia, gratitud; da por lo menos las apariencias de todo esto, y hace parecer al hombre en su exterior como debiera ser interiormente.

En qué país no se encuentran hombres insociables con quienes es preciso vivir?

Los hombres son necios y malos; pero tales cuales son hay que vivir con ellos.

El odio es ordinariamente mas ingenioso en dañar que la amistad en servir.

Nuestras acciones dependen tan poco de nuestros raciocinios, que es bastante raro que los que dan buenos consejos sean capaces de practicarlos y de apropiárselos á sí propios.

El mejor de todos los casuistas es la conciencia, y solo cuando se trafica con ella es que se recurre á las sutilezas del raciocinio.

La calumnia es como la abispa que importuna, contra la cual no se debe hacer movimiento alguno, á menos que no haya seguridad de matarla, sin lo cual vuelve á la carga mas furiosa que nunca.

Hay dos cosas á que es preciso acostumbrarse so pena de hacer la vida insoportable, las injurias del tiempo y las injusticias de los hombres.

La esperiencia confirma que la dulzura é indulgencia consigo mismo, y la dureza con los otros, no es mas que el mismo y solo vicio.

Vivir con nuestros enemigos como si debiesen ser algun dia nuestros amigos, y vivir con nuestros amigos como si pudiesen ser nuestros enemigos, no es conforme á la naturaleza del odio, ni segun las reglas de la amistad: tampoco es una máxima moral sino política.

La ocasion de hacer á otros felices es mas rara de lo que se piensa: el castigo de haberla desaprovechado, está en no volver á hallarla, y el uso que hacemos de ella, nos deja un sentimiento eterno de satisfaccion ó de arrepentimiento.

El que es reprendido por alguna cosa que no ha hecho, no debe affligirse mas que si se le dijese que está enfermo sintiéndose bueno.

El hombre irrepreensible es el que

disimula las faltas de otro como si él mismo las cometiese diariamente, y que se abstiene de cometerlas como sino disimulase las de nadie.

Los desgraciados tienen por lo menos la certidumbre de no encontrar sino verdaderos amigos.

Los falsos amigos son como la sombra, que aparece cuando el cielo está claro, y se oculta cuando está nublado.

No se llora de buena fé sino cuando se llora sin testigos.

El dolor que no tiene espectadores cesa muy pronto.

Un amigo antiguo es cosa nueva.

Hay personas á quienes la virtud sienta tan mal como el vicio.

El verdadero medio de no merecer la aprobacion de nadie, es el mendigarla con palabras ó demostraciones.

El amor propio es tan sutil que pasa al traves del silencio, y de la modestia, y apenas se escapa del corazon cuando la fisonomía la denuncia.

Los defectos son como los olores, que quien los lleva es el que menos los percibe.

Es preciso tener bastante amor propio para hacer que no aparezca el que se tiene.

Guárdate de dar á entender que sabes mas que los que te escuchan.

La vanidad humana no es difícil de alimentar, pues lo mismo gusta de los manjares groseros que de los delicados.

Las alabanzas escesivas é importunas no hacen honor ni al que las da ni al que las recibe.

Para elogiar á uno es preciso esperar á que muera.

Los beneficios no son agradables sino en tanto que se cree poder pagarlos.

Quien presta una cantidad pequeña se hace un deudor, quien una grande un enemigo.

El dinero es un buen criado y un mal amo.

Se debilita todo lo que se exagera.

Nada se parece tanto á un hombre de bien como un solemne pícaro.

Cuando no se pueden hacer cosas dignas de ser escritas, escríbanse por lo menos que merezcan leerse.

La muerte es una ley y no una pena.

Quien no espera vivir mas que un momento, nada tiene que disimular.

Nada se tiene que ganar atacando á los que nada tienen que perder.

Preséntese la mas bella accion, que no se dejará de encontrarle cien motivos á cual mas odiosos y despreciables.

El temor del ridículo sofoca mas talentos y virtudes, que corrige vicios y defectos.

Quien á nadie critica á nadie aplaude.

Nada es mas contrario al bien parecer que observarlo con afectacion.

Es mas soportable estar siempre solo que no poder estarlo nunca.

El ridículo de simplicidad es un mérito comparado con el ridículo de afectacion.

Se debe tener á los desgraciados cierta especie de respeto.

La muerte de un héroe parece llevarse consigo todas las virtudes.

Una tristeza pública es el mas noble aparato de las pompas fúnebres.

De nada sirve el mérito cuando la fortuna lo abandona.

El hombre verdaderamente valeroso desprecia la muerte sin odiar la vida.

Una muger tan casta y delicada sobre el honor como Lucrecia, debiera morir de pesadumbre sin buscar ningun otro recurso.

Nada hay mas necio que la risa de un necio.

Hay necios que lo son hasta en el metal de su voz.

REFRANES.

POR ser Rey se quiebra toda ley.

Quien á otro sirve no es libre.

La traicion aplace, mas no el que la hace.

Cual es el Rey, tal es la grey.

Valientes soldados, mas sueltos de pies que de manos.

Todos pretenden ser buenos; pero alcanzanlo los menos.

Razon, razon, aunque á unos agrade
y á otros non.

A clérigo hecho de fraile, no le fies
tu comadre.

A fraile mesurado, mírale de lejos,
y háblale de lado.

Al buen varon, tierras agenas patria
le son.

Amigo de todos y de ninguno, todo
es uno.

Fraile que pide por Dios pide para dos.

Manda al sabio á la embajada, y no le
digas nada.

Quien es cornudo y lo consiente, que
lo sea para siempre.

Con moza que fuere loca, anden las
manos y calle la boca.

Contigo duerme, contigo come quien
te los pone.

Vieja que baila polvo levanta.

Si la píldora bien supiera, no la do-
raran por fuera.

Cornudo eres, marido: muger, y quien
te lo dijo?

Bien estás de ropa sino te se moja.

En contienda ponte rienda.

Bofeton amagado, nunca bien dado.

Carga la nao trasera si quieres que ande ligera.

La vejez, mal deseado es.

Gota á gota el mar se apoca.

En pleito claro no es menester letrado, y en oscuro no hay ninguno.

A la muger y la viña, el hombre la hace garrida.

Hombre narigudo, pocas veces cornudo.

La vieja á estirar, y el diablo á arrugar.

En el andar y el beber se conoce la muger.

La muger vieja, si no sirve de olla, sirve de cobertera.

Quien tiene boca, no diga á otro sopla.

Libro cerrado, no saca letrado.

No hay mejor razon que la del baston.

Mas vale mala avenencia que buena sentencia.

Mucho sabía el cornudo; pero mas quien se los puso.

Madre qué cosa es cañar? hija, hilar, parir y llorar.

No es nada sino que matará mi marido.

Aunque somo negro, hombre somo, alma tenemo.

Buena fiesta hace Miguel con sus hijos y su muger.

Casar casar, suena bien y sabe mal. Qué haces, viejo? estoy hijos haciendo.

Ni buen fraile por amigo, ni malo por enemigo.

Quien tiene dolencia, abra la bolsa y tenga paciencia.

El amor y la fé en las obras se vé. Algo es el queso, pues se da por peso.

Necio es quien piensa que otro no piensa.

Por mucho que desmienta cada cual, siempre vuelve al natural.

Muger hermosa, ó loca ó presuntuosa. Las manos meté en tu seno, tu mal verás, no el ageno.

El hombre es, un arbol al réves.

Pleito y orinal llevan al hombre al hospital.

Ni todos los que estudian son letrados, ni todos los que van á la guerra son soldados.

Prenda que come, ninguno la tome.
Aprende por arte, irás adelante.

Bien come el catalan si se lo dan.

Muger que cria, ni harta ni limpia.

La mas cauta, es tenuta por mas casta.

Los pechos en holgura, lo de ayuso
en lobregura.

Aceite de oliva todo mal quita.

Aun no ensillais y ya cabalgais!

La mentira pronto es vencida.

Lo bien dicho presto es dicho.

Nada sé sino que sé que nada no sé.

Moza de Burgos pechos y muslos.

La ciencia es locura si buen seso no
la cura.

La oracion breve sube al cielo.

Mas vale favor que justicia ni razon.

Mi hijo vendrá barbado, mas no pa-
rido ni preñado.

Lo que se aprende en la cuna, siem-
pre dura.

Mete la mano en tu seno, no diras
del hado ageno.

Viene ventura á quien la procura.

Hice á mi hijo monacillo y tornóseme
diablillo.

Casa sin fuego y sin llama semeja
cuerpo sin alma.

La pintura y la pelea desde lejos me
la otea.

La paja en el ojo ageno y no la viga
en el nuestro.

Al hombre osado la fortuna le da la
mano.

Allégate á los buenos, serás uno de
ellos.

Quien en una piedra dos veces tropie-
za; no es maravilla se quiebre la cabeza.

Beata con devocion, las tocas bajas y
el rabo ladron.

La muger y el vino sacan al hombre
de tino.

En tu casa no tienes sardina, y en la
agena pides gallina!

Menos vale á las veces el vino que
las heces.

Si quieres saber cuanto vale un duca-
do, búscalo prestado.

Palabra y piedra suelta no tiene
vuelta.

FÁBULAS.

EL HOMBRE Y EL TORO.

Con que dé cada uno un peso duro,
 Por vida de español les aseguro,
 (Cuidado que no miento
 Que para mí es sagrado el juramento)
 De lidiar con el toro mas valiente,
 Y el que no lo cumpliera que rebiente.
 Así hablaba á un concurso grande y vario
 Un hombre, ya se ve, muy temerario.
 La gente que lo oía,
 Aunque el peligro á que se espone via,
 Cuida muy poco de esto:
 Aquí está mi dinero, vamos presto;
 Y con voces, silbidos y algazara
 Clamaban que la lucha se empezara.
 Sacan al toro en medio, sale el hombre,
 Lo llama muchas veces por su nombre:
 Toro, toro, le grita;
 Y el toro en ademan de quien medita,
 El peligro que el hombre no ha mirado,
 Escarva, brama, mira, y va á otro lado.

Mas su competidor que ha contraido
 La obligacion de herir ó ser herido,
 Pues que ya por su parte ha renunciado
 La libertad que al toro le ha quedado,
 Las salidas le busca

Con entereza necia pero chusca.
 Lo mira el toro con indiferencia,
 Y el concurso perdía la paciencia:
 Venga nuestro dinero.....
 El trato fué que el toro fuese fiero;
 Que con saña insolente y atrevida
 Cada instante te amague con la vida.....

Por este tu peligro va la apuesta,
 Porque es el soberite de la fiesta,
 Y con runfla de chiflos y cencerros
 Gritan desentonados..... perros, perros!

El animal que escucha
 Que le quieren pegar aquesta pucha,
 Se le para delante,
 Y en un bramido altivo y arrogante,
 Levantando y bajando la cabeza
 Le dice que desista de la empresa.

El pueblo que advertia
 Que el toro le trataba en cortesía,
 En rechiflas y apodos ya se arde:
 Arrímese V. al toro, só cobarde.....

El pobrete azorado
 A la fiera se vá desatinado;
 La reta, insulta, hace rabiar y hiere,
 La íntima últimamente que allí muere.
 Pero, quien lo pensara,
 Que á él el toro primero le matara!
 Era una compasion oírle luego
 Decir ¡ con que yo muero por un juego!
 Sin duda al que lo paga le divierte
 El verme á mí morir de aquesta suerte:
 Ellos mismos me matan con sus manos,
 No me digan despues son mis hermanos.

LA CRIADA Y LA ARAÑA.

Todos los dias barría
 Mi criada el aposento;
 Todos quitaba y no es cuento
 Lo que una araña tejia.
 ¡ Maldita tela! decia:
 ¡ Qué no he de poder con ella!
 Mas yo la dije: doncella,
 ¡ Cuanto tu celo te engaña!
 Mientras no mates la araña
 No acabará tu querella.

CUENTOS.

EL ENTIMEMA.

EN aquellos tiempos, felices, dichosos,
 En que eran los hombres sabios y estudiosos...
 En aquellos tiempos en que los Tomistas
 Andaban en guerra con los Escotistas....
 Cuando por influjo de la teología
 El hombre mas torpe sabio se volvia.....
 Cuando aprovechaba en las conclusiones
 Aun mas que la ciencia, fuerza en los pulmones.
 Entonces..... entonces.... cabalitamente
 Fué cuando, si en esto la historia no miente,
 Se movió una duda bastante curiosa:
 Era reducida en suma la cosa,
 A probar de un modo claro y verdadero,
 Si el Diablo habia sido casado ó soltero.
 Hubo mil disputas y mil opiniones,
 Cada uno alegaba distintas razones,
 Tronaban los ergos, y la cosa estaba
 Terrible, mas nadie lo cierto atinaba.
 Cuando de repente un argumentante
 Se levanta y dice: resuelvo al instante
 La duda y concluyo con un entimema.
 Cuanto han dicho ustedes es todo pamema:
 Yo he visto al Demonio con cuernos pintado,
 Ergo consecuencia, el Diablo es casado.

EL CONSUELO DE LOS MARIDOS.

De parto estaba, y penoso
 La buena muger de Lucas:
 Ponia el grito en los cielos—
 Sordos á sus quejas muchas:
 Lucas tambien se quejaba
 Por verla en tanta apretura,
 Y ella para consolarle
 Le dijo: no me consumas,
 No llores por mis dolores
 Que tú no tienes la culpa.

BIEN VENGAS MAL SI VIENES SOLO.

En mi lugar, que es lugar
 En que ocurren cosas raras,
 Vivía un hombre cachazudo
 De aquellos que el vulgo llama
 Los hermanos de la porra
 Que no se alteran por nada.
 Un dia fué á los majuelos
 Acompañando á unas damas,
 Y cuando ya por la tarde
 A la poblacion tornaban,
 Salió al camino un criado

Diciendo, señor, la casa
 Y cuanto en ella existía
 Lo devoraron las llamas.
 Entonces el cachazudo
 Le preguntó con gran calma:
 ¿Y dime, cogió el incendio
 Por casualidad al ama?—
 No señor, que su merced
 Estaba fuera de casa:—
 ¡Válgate Dios siempre vienen
 Reunidas las desgracias!

—

OROS SON TRIUNFOS.

Tres galanes á mi pueblo
 Vinieron de buen humor
 A buscar una viuda
 Que dé por respuesta *no*.
 Un hidalgo, un caballero,
 Y el tercero un labrador,
 Y dieron con Catalina,
 Que es viuda y como un sol.
 Diz el noble: Catalina,
 Ilustres abuelos son
 Los que fundaron mi alcurnia
 Allá cuando el Rey rabió.

Tengo barras en mis armas,
 Dos calderas y un leon:
 ¿Qué respondes? La viuda
 Le dió por respuesta *no*.
 Diz el héroe: Catalina,
 Mas turcos he muerto yo,
 Que arenas ciñen los mares
 Y rayos despide el Sol.
 En Flandes y en Palestina
 Tiene fama mi pendon.
 ¿Qué respondes? La viuda
 Le dió por respuesta *no*.
 Diz el patan: Catalina,
 Tengo á tu disposicion
 Diez hanegadas de tierra
 Y algun ganado mayor,
 Un buen corral de gallinas
 Y para pascua un lechon.
 ¿Qué respondes? La viuda
 Dió *no* por respuesta? *No*.

EL PROTESTANTISMO.

Diciéndole á un protestante
 Que mal de la Iglesia abjura,
 Porque las llaves del Cielo

El Papa tiene sin duda:
 Enhorabuena, responde:
 No hay en las llaves disputa,
 Mas puede le hayan cambiado
 Arriba las cerraduras.

EL ROMÁNTICO Y EL CLÁSICO.

De un romántico exigieron
 Y de un clásico tambien
 Que cada cual á su modo
 Definiese á la muger.
 El romántico responde
 Empinándose y despues
 De haber invocado un núnmen
 Que yo decir no sabré:
 Es una flor que festeja
 El Céfiro á su placer:
 Que las perlas de la Aurora
 Embellecen á su vez:
 Que Febo liba con ansia
 Como la abeja al clavel,
 Y que Vesper marchitarse
 Con suma angustia la vé.
 Luego el clásico frunciendo
 El sobrecejo, pardiez

Que al romántico lo chafa El
 Definiendo á la muger. Enhor.
 Es un ser, dice, criado No ha
 Para el amor, y tambien Mas
 Para cuidar de la casa, Ariba
 Para bordar y coser.

EL JUSTO MEDIO. De un

Le sucede á Don Crispin Q
 Lo que á otros ni mas ni menos:
 Muchos le llenan de elogios
 Y no pocos de improperios.
 ¿Qué juicio, pues, en tal caso
 De Don Crispin formaremos?
 Porque al fin se ha de formar
 Alguno de este sugeto.
 Si bien nos faltan Jurados Q
 Que califiquen los hechos, En
 Hay sin embargo un principio
 Que nos conduzca al acierto.
 Digamos siguiendo el mismo,
 Es decir, *el justo medio*, Co
 Que Don Crispin no es muy malo
 Pero tampoco es muy bueno.

EL LADRON ARREPENTIDO.

Cierto quidam por ladrón
 En la cárcel se encontraba
 Y un amigo le espresaba
 Su dolor y su afliccion:
 Una buena ocupacion
 Exortábale á tomar....
 Compadre, quiere callar?
 Le repone el penitente,
 Mi oficio fuera excelente
 Si me dejáran obrar.

EL OJO RECUPERADO.

Un infeliz se cayó
 Dando tan fuerte porrazo
 Que á pesar que puso el brazo
 Un ojo se reventó.

Preguntando al cirujano
 Si lo perderá en la cura,
 Le respondió, ¡qué locura!
 Si ya lo tengo en la mano!

EL CÓLERA Y EL MODO DE CURARLO.

Si enfermas de no sé qué,
 Véte al instante aplicando
 Donde mas gana te dé,
 Un remedio que no sé,
 Y sanarás no sé cuando.

REMEDIO CONTRA LA HIPOCONDRIA.

Vida honesta y arreglada,
 Hacer muy pocos remedios,
 Y poner todos los medios
 De no alterarse de nada.
 La comida moderada,
 Ejercicio, diversion,
 No hacer de nada aprension,
 Salir al campo algun rato,
 Poco encierro, mucho trato
 Y continua ocupacion.

DESENGAÑO DEL MUNDO.

En mi cuarto de libros rodeado
 Contemplo las humanas boberías:
 Miro á un jóven gastar todos sus dias

Por lucir solamente en un estrado.

Miro al otro muy vano y afectado
 Ocupar todo el año en niñerías,
 Y con saber cuarenta frases frías
 Persuadirse que todo lo ha estudiado.

Uno guarda el dinero en sus cajones;
 Otro engañar procura á cuantos halla;
 Aquel malgasta bellas posesiones;
 Este es pícaro, el otro gran canalla,
 Y siendo así del mundo el fausto entero
 Solo mi cuarto con mis libros quiero.

A UNA TAÑEDORA DE HARPA.

Aires tan dulces su nevada mano
 El descuido afectando producía,
 Y ella tan solo se mostraba exenta
 Del hechizo que á todos absorbía.
 En torno de sus dedos se agolpaban
 Convulsivas las cuerdas, y altamente
 A cada ósculo alegres resonaban.
 No de la fuerza su temblar nacía:
 ¡Bajo manos tan bellas,
 Quien no temblára cual temblában ellas!
 Salta amor á su lado, y de repente

Mientras ella deleita los oídos,
 Nos sentimos por él todos heridos;
 ¡Cómo ya resistir si nos había
 Desarmado tan dulce melodía!
 De esta manera la tiranía hermosa
 En medio de sus víctimas gozosa
 De sus ojos el triunfo celebraba.
 Así Neron un día
 Las llamas en que Roma se abrasaba
 Al son del harpa deleitado via.

ENDECHAS LIPOGRAMÁTICAS Ó SIN UNA VOCAL.

Parad pajarillos,

No voleis tan presto;

Mirad si estas rosas

Os dicen lo mesmo.

Ellas os lo piden

Las hojas abriendo,

Esparciendo olores

Y el oro del centro.

Con picos de plata

En el nacar bello

Bebed el rocío,

No voleis sedientos.

Copas de corales
 No son de desprecio
 Ni perlas, ni aljofar
 Se estiman en menos.
 Mas si de los hombres
 Temeis los enredos
 Volad, bien haceis,
 Volad hácia el cielo:
 Yo os acompañara,
 A poder hacerlo,
 Y libre de ingratos
 Lográra contentos.
 Son los hombres todos
 De tratos siniestros,
 Todos son traidores,
 Dios me libre de ellos.
 Falsos y engañosos,
 Esto es lo de menos;
 Los mas de á dos caras
 No pocos de á ciento.

PIRONIANA.

Himeneo los dedos antaño
 Se pinchaba al cojer una rosa
 En el dia sucede otra cosa

Pues la coje sin riesgo ni daño.
 El Amor con sus flechas divinas
 En limpiar los rosales se empeña,
 Y su oficio tan bien desempeña
 Que Himeneo no encuentra ya espinas.

JUICIO PIADOSO.

Pocas mugeres de juicio
 Honestas y muy honradas
 Hallarás no fastidiadas
 Y aburridas de su oficio.

A UN PERSONAGE QUE LEGÓ 25 DOBLONES
 AL QUE LE HICIESE SU EPITAFIO.

Aquí yace un personage
 Que tuvo muchas bondades,
 Y todas las cualidades
 De su elevado linage:
 No hizo jamas un ultrage;
 Sabio fué en las ocasiones;
 Se captó los corazones....
 Pero es ya mucho decir,

Y demasiado mentir
 Por veinte y cinco doblones.

OTRO DE UN MARIDO Á SU MUGER.

Yace aquí mi cara esposa,
 Y á fé que se halla muy bien,
 Así porque ella reposa
 Como porque yo tambien.

OTRO.

De la *santa Inquisicion*
 Un familiar aquí yace :
 Viene la muerte ¿y qué hace?
 Quítale la comision :
 Murió, *Requiescat in pace.*

Afirma que suyos son
 Estos versos don Severo
 Que nos da en su coleccion ,
 Y tiene mucha razon
 Que le cuestan su dinero.

FIN.

Y demandado meoite al...
 Por veinte y cinco dolares.
 En punto de...
 Y su...
 Otro de un marido a su mujer.

Yace aqui mi cara esposa
 Y a fe que se halla muy bien,
 Asi porque ella reposa
 Como porque yo tambien.

Halla...
 Otro...
 Y...

De la santa Inquisicion
 Un familiar aqui yace:
 Viene la muerte y que hace
 Gote la comedia: el que la
 Muio, Reposca en pace.

Algunos...
 Estos versos...
 Que nos...
 Y tiene...
 Que le...
 ,

FE DE ERRATAS.

<u>Pág.</u>	<u>Lín.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Léase.</u>
4....	22....	veia.....	vió
8....	17....	elegia.....	elegiria
22....	10....	ellas.....	ella
45....	9....	tuvieron.....	tuvieren
56....	22....	no habla....	habla
69....	16....	apropiárselos	aplicárselos
74....	24....	la.....	lo

FE DE ERRORES.

Léase.	Díces.	Lin.	Pág.
vid	veia.....	22...	1...
ofagria	ofagia.....	47...	2...
ella	ellas.....	10...	22...
tuviereu	tuviéron.....	9...	45...
habla	no habla.....	22...	50...
aplicáseles	aplicáseles	18...	60...
lo	la.....	24...	74...